
La Investidura de Poder



Guillermo Dell

Pero ¿quién tiene esta unción hoy en día? ¿Quién goza de esta experiencia? Es prometida; es indispensable y sin embargo trabajamos ineffectivamente sin ella, esforzándonos en la carne como los mismos discípulos que trabajaban toda la noche sin coger nada. Igual nos será a nosotros. El trabajo de una hora en el Espíritu logrará más que él de un año en la carne. Y su fruto permanecerá. “Es el Espíritu que da vida; la carne para nada aprovecha” (San Juan 6:63). “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (San Juan 3:6). Es el fruto del Espíritu Santo que deseamos, el oro puro sin mezcla y nada más – fruto que permanece, sí, fruto legítimo que aguanta la prueba del tiempo y la eternidad – fruto que se encuentra en el culto de oración tanto como en los servicios del domingo. ¿Es ésta la clase de fruto que llevamos? ¿Hay convicción, y logran las almas la libertad gloriosa de los hijos de Dios?

¿En realidad tenemos esta investidura de poder? No quiero decir, ¿profesamos tenerla? Decimos tenerla, pero en realidad ¿estamos gozando de esta experiencia? Si no hay frutos, ciertamente no la tenemos. Si estamos llenos del Espíritu Santo producirémos los frutos del Espíritu Santo. Los pecadores se darán por vencidos en nuestros servicios y llorando, confesarán sus pecados a Dios. Produzcamos este fruto como prueba de la unción de nuestras vidas. “Recibiréis poder”. Cuando Pedro lo recibió, tres mil almas se convirtieron. Así era el caso con Juan Smith, Samuel Morris, Carlos G. Finney y otros – ellos llevaron fruto. Esta es la evidencia; esta es la prueba y la única prueba. Si soy hombre de Dios, investido del poder de lo alto, almas se rendirán bajo mi predicación; si no lo soy, ninguna cosa sobrenatural acontecerá. Sea esta la prueba de todo predicador. Por ella quedamos aprobados o reprobados.

“Fui poderosamente convertido en la mañana del 10 de octubre de 1821”, escribió Carlos G. Finney. “En la tarde del mismo día recibí poderosos bautismos del Espíritu Santo, que me penetraron tanto en mi cuerpo como en mi alma. Inmediatamente fui investido de tanto poder de lo alto que unas cuantas palabras dichas en las conversaciones con pecadores eran los medios de sus conversiones inmediatas. Mis palabras penetraron y quedaron como flechas en las almas de los hombres. Les cortaron como espadas. Quebrantaron los corazones como si fueran martillos. Multitudes me son testigos de este hecho. A veces una sola palabra de la cual no me acordaba, producía convicción, y con frecuencia resultaba en la conversión inmediata. A veces me hallaba en una forma notable, vació de este poder y hacía visitas y no había fruto durante ellas. Exhortaba y oraba pero sin frutos. En esas ocasiones, apartaba un día para ayuno y oración en secreto, temiendo que ese poder me había sido quitado, y con angustia averiguaba la razón por esta pérdida. Después de haberme humillado y orado por ayuda, el poder me regresaba con toda su frescura. Así ha sido la experiencia de mi vida”.

“Este poder es una gran maravilla. Muchas veces mis oyentes no han podido resistir la palabra. Unas cuantas palabras sencillas y declaraciones ordinarias les hacían caer de su asiento como con una espada; les quitaba su fuerza, y les hacían caer casi como hombres muertos. Ha sido el caso que sin elevar la voz, sin decir nada, sea en oración o exhortación, excepto en una forma muy sencilla, los pecadores fueron vencidos. Ese poder a veces llena el ambiente de la persona sobrecargada de él. Muchas veces gran número de personas en un vecindario son revestidos de éste poder y el lugar entero aparenta ser sobrecargado con la vida de Dios. Personas desconocidas, visitando el lugar o pasando por ellos sienten inmediatamente convicción por sus pecados y en muchos casos se convierten a Cristo. Cuando los cristianos se humillan y se consagran de nuevo y totalmente a Cristo, y piden este poder, ellos reciben tal bautismo que se convierten en instrumentos de la conversión de más almas en un solo día que en todos sus años anteriores. Y mientras los cristianos se humillan suficiente para retener este poder, se continúa la obra de conversión, y comunidades y sectores se convierten a Cristo. Y lo mismo está para el ministerio”.